

# EL MONOCULTIVO Y LAS ECONOMÍAS ATRASADAS

ROBERT BADOUIN

*de la Facultad de Derecho  
y Ciencias Económicas de Dakar*

Bajo una unidad aparente, el monocultivo puede revestir significados económicos muy diversos. Puede aparecer como el índice de un desarrollo económico avanzado. Se opone a una economía agrícola de subsistencia en la cual predomina la diversificación de cultivos que deriva de la inexistencia o estrechez de mercados. El monocultivo se coloca dentro de un marco regional que él mismo concurre a definir en función de la homogeneidad que garantiza a un ámbito geográfico determinado. Forma parte de un sistema más amplio: la economía nacional. Dentro de este sistema el monocultivo orienta hacia una sana división del trabajo. Su origen deriva del desarrollo y de los cambios estructurales que constituyen los canales del crecimiento económico. Con frecuencia representa el último elemento de una anterior economía agrícola diversificada que sucumbió debido a que la ampliación de los mercados y el advenimiento de una economía de cambio provocaron la desaparición de los cultivos que no podían resistir la competencia interregional.

Por otro lado, la ampliación de mercados significó que determinados territorios lejanos cultivaran un pequeño número de productos, que los países avanzados no podían producir en sus propias tierras debido a condiciones climatológicas adversas. Además, algunos países se especializaron —al menos en lo que respecta a la parte de su producción agrícola que se destina a los mercados exteriores— en unos cuantos cultivos.

En el marco de los países subdesarrollados, los problemas que plantea el monocultivo pueden tomar un sesgo totalmente distinto. En primer lugar, en dichos países a veces el mono-

cultivo se practica en escala nacional, y no solamente regional. En segundo, aquí el monocultivo se presenta en una economía que aspira a salir de su letargo, por lo que entonces se plantea el problema de lograr una posible conciliación entre el crecimiento económico y el monocultivo. Por último, el monocultivo puede tener lugar en una economía predominantemente agrícola, con lo cual aquél podría confundirse con la actividad única del sistema.

En los países tropicales de África los ejemplos de monocultivo no son en modo alguno excepcionales. Sin embargo, para ampliar el campo de este estudio, el término monocultivo se utilizará en un sentido general que conviene precisar a fin de disipar toda duda.

Antes que nada cabe aclarar que los productos que examinaremos son los que caracterizan a una economía de cambio, por oposición a aquéllos que sólo se dan en una economía de subsistencia, trueque o cambio en un ámbito local. Si se toma en cuenta lo anterior, el monocultivo puede entonces coexistir con los cultivos de subsistencia. El término monocultivo denotará la agricultura especializada en unos cuantos productos y, por lo tanto, no se limitará a definir el caso extremo en el que el número de productos se reduce a un solo cultivo.

La teoría de los precios en la cual el término monopolio tiene también dos sentidos, uno extremadamente rígido y el otro más comprensivo, puede servir de precedente y justificación de lo anterior. De este modo el monocultivo será el acto de limitar a la actividad agrícola —en el ámbito de aquellos productos que pueden aspirar a un mercado amplio— a unos cuantos cultivos. Si se adopta la terminología utilizada en la teoría de los precios, el término monocultivo que aquí se emplea equivale a oligocultivo.

Por lo tanto, el término monocultivo será utilizado en un sentido amplio, cuya naturaeza se refiere más bien a la economía que a la agronomía. El monocultivo se podía presentar en una forma más pura, como en Senegal, donde el cacahuate desplaza a los cultivos tradicionales; pero también podrá coexistir con determinados cultivos de subsistencia, como es el caso de Ghana. Incluso se considerará que en Costa de

Marfil existe el monocultivo, aun cuando los dos cultivos de exportación (el café y el cacao) coexistan con una economía agrícola de subsistencia. El término monocultivo denota la especialización de la economía comercial del sector agrícola y se opone a una diversificación basada en toda la gama posible de cultivos.

Esta oposición plantea a las economías atrasadas una de las alternativas que deberán resolver para poder cumplir sus aspiraciones. Estas últimas pueden resumirse por el deseo de lograr tres objetivos principales.

En primer lugar, es necesario constituir sistemas económicos en escala nacional. La existencia de estas economías nacionales se patentiza, no sólo en función de un centro de decisión a nivel estatal, sino también a través de la intensidad que asumen las interdependencias dentro del marco nacional.

En segundo lugar —y este objetivo está ligado al primero— los países atrasados desean reducir su dependencia respecto a las economías más avanzadas, a cuya ayuda aquéllos deben necesariamente recurrir durante una etapa intermedia de su desarrollo.

Por último, las economías atrasadas buscan salir del letargo en que se encuentran desde hace muchos siglos. Si bien no se pretende alcanzar en un plazo determinado el nivel de las economías desarrolladas los países atrasados desean acelerar su progreso económico.

Para realizar estos objetivos, las economías subdesarrolladas deben elegir una política económica, o dicho en la terminología moderna, deben definir una estrategia de crecimiento. Entre las distintas alternativas que se presentan, un buen número de ellas se refieren al sector agrícola. Una de las principales consiste en determinar si una agricultura especializada conviene más que una diversificada para lograr un desarrollo acelerado.

Durante la etapa preparatoria del crecimiento, el monocultivo se manifiesta como una estrategia que se debe adoptar o rechazar para que la economía registre un arranque vigoroso. En este trabajo nos proponemos examinar los argumentos que podrían militar en favor de una u otra solución; los ejemplos

se tomarán de las economías de África Tropical. ¿Acaso la especialización agrícola simbolizada por el monocultivo constituye la solución mejor para lograr los objetivos de los nuevos estados de esta región del mundo?

### I. *El Monocultivo y la Constitución de una Economía Nacional*

Antes que nada cabe destacar que el monocultivo al parecer no favorece la integración económica en escala nacional, puesto que entraña necesariamente un fuerte intercambio con el exterior. Pero conviene tener en mente que la primera operación que condiciona la formación de una economía nacional estriba en abrir una brecha en la economía agrícola de subsistencia. Es por tanto factible que determinadas comunidades lleguen a formar un sistema económico coherente, aun cuando hayan practicado el monocultivo en las fases iniciales de su desarrollo.

En efecto, el monocultivo tiene la ventaja de obligar al agricultor a iniciarse en la economía de mercado. Su implantación entraña la modificación de hábitos pertenecientes a una vida económica autárquica. El monocultivo evita que el agricultor viva en el aislamiento, puesto que lo pone en contacto con una serie de corredores, compradores, comerciantes y cooperativas. Al entrar a formar parte de la economía de cambio, su horizonte económico se amplía. La frecuencia con que se ha insistido en la necesidad de formar mercados que atenúen la desarticulación de las economías subdesarrolladas, por sí sola justifica el efecto creador que al respecto ejerce el monocultivo.

La penetración que se logra en el sistema económico gracias a la introducción del monocultivo no se limita a la zona periférica y costera del país, sino que se difunde hasta las regiones más apartadas. Crea así una cierta homogeneidad especial, ya que obliga a las distintas zonas a participar en una misma corriente de intercambio. De este modo, al lograr que todas las regiones se integren con un mismo circuito, el monocultivo limita los desequilibrios regionales.

Además, el monocultivo crea determinadas interdependencias, ya que el agricultor llega a disponer de un ingreso monetario, aun cuando conserve los productos necesarios para su subsistencia. Se rompe entonces el marco de la economía autosuficiente, en virtud de que el monocultivo acarrea consigo el intercambio de los bienes agrícolas que no se producen en el seno de la economía nacional. El abastecimiento alimenticio de los sectores no agrícolas provendrá del exterior, ya que la economía agrícola del país se habrá limitado al cultivo de un solo producto. Pero no todos los ingresos percibidos por los agricultores se destinarán a la adquisición de bienes agrícolas importados, sino que una buena parte se desviará hacia los mercados de bienes industriales de consumo.

Se puede, por tanto, concebir la creación de una economía nacional a partir del monocultivo. En la medida en que la ampliación de la demanda promueva la existencia de mercados cuyo volumen satisfaga los requisitos mínimos para que una empresa opere en condiciones convenientes de rentabilidad, es posible que el sector industrial pueda constituirse en forma progresiva. Generalmente se estima que el motor y la fuerza creadora del sector industrial son mucho más potentes en el caso del sector industrial que en el del sector agrícola, puesto que los efectos de complementariedad y asociación que de aquél deriven son bastante más numerosos.

Por otro lado, no parece factible lograr un crecimiento equilibrado de todos los sectores económicos. De aquí que el monocultivo ofrecerá las condiciones más favorables para integrar una economía nacional, ya que al concentrarse la actividad agrícola en un solo producto, los demás recursos disponibles se pondrán al servicio de las actividades más productivas.

El sacrificio de la diversificación en el campo agrícola se presenta así como una elección adecuada para garantizar un ritmo acelerado de integración de un sistema económico que descansa en corrientes de intercambio consistentes en que la agricultura vende al exterior, pero compra al extranjero. Se definen así vínculos perfectamente coherentes, en los que la naturaleza puede intervenir para acelerar el proceso de crecimiento económico.

En virtud de que en una economía agrícola especializada el sector público puede cómodamente introducirse en el circuito económico, el monocultivo facilita aún más la constitución de una economía nacional. Ello se debe a que se invierten las dificultades habituales de fiscalización agrícola, ya que al exportarse la casi totalidad de la producción agrícola nacional, resulta fácil aplicar las reglas fiscales en los puntos de salida al exterior. Esto estará inspirado en razones de conveniencia, ya que con ello se tratará de proteger a los agricultores de las fluctuaciones de precios. Además, con las sumas percibidas por este concepto, el poder público podrá realizar las inversiones de infraestructura que faciliten el intercambio interno en la economía nacional.

Puede agregarse que, al garantizar una determinada unión de tipo social, el monocultivo favorece la formación de una economía nacional. Es frecuente que la agricultura acuse una falta de integración con el resto del sistema debido a la supervivencia en su seno de importantes islotes de economía atrasada. En cambio, en una economía agrícola especializada todos los sujetos económicos se colocan en el circuito de intercambio y, por otro lado, todos los agricultores participan en la misma economía agrícola.

Por más insólito que parezca, una verdadera economía nacional puede desarrollarse mucho mejor en una economía agrícola especializada que en una diversificada que disperse los esfuerzos y se preste con demasiada facilidad a que se vuelva a una economía de subsistencia. El monocultivo promueve la formación de una economía nacional porque entraña la constitución de un sistema comercial; porque propicia el establecimiento de un sector industrial; porque facilita la gestión de los poderes públicos y el financiamiento de los elevados gastos nacionales. La especialización agrícola genera diversificación y cohesión en el conjunto económico, puesto que los diversos personajes que desempeñan papeles en la economía se encuentran presos en un mismo sistema de interdependencias.

La historia económica ha confirmado, a la luz de sus características, que la agricultura especializada brinda un impulso

vigoroso para la constitución de una economía nacional. En las etapas iniciales de crecimiento, la soya en Japón, el trigo en Canadá, la lana en Australia y los productos ganaderos en Nueva Zelandia, fueron los motores principales. En África, el crecimiento económico de Ghana depende de la especialización que prevalece en la producción y venta de cacao; sucede lo mismo en Costa de Marfil, si bien allí la especialización abarca tanto al cacao como al café. Parece que en algunos países el proceso de integración del sistema económico no difiere mayormente del esquema que se acaba de bosquejar.

Pero no puede dejarse de objetar que la experiencia senegalesa contradice lo que de ella se esperaba. La especialización agrícola en el cultivo del cacahuete, pese a que ha venido acentuándose, parece no ser suficiente para promover la constitución de una verdadera economía nacional. Sin embargo, el cultivo del cacahuete es considerable. Las exportaciones de productos oleaginosos equivalen al 90 % del total de las ventas exteriores del Senegal. Si con la ayuda de la información estadística relativa a 1956 se desglosa el valor del producto agrícola en función de su destino final, se obtienen los resultados siguientes: las exportaciones, o sea el cacahuete, representan el 57 % del producto agrícola, el autoconsumo el 30 % y el consumo interno con base en la comercialización, apenas el 13 %. Estos resultados concuerdan perfectamente con el esquema analizado. Se advierte un dualismo económico, que si bien es común a los países subdesarrollados, tiene en este caso sus características que difieren de las usuales. Aquí el dualismo no deriva de la yuxtaposición de sectores económicos distintos, unos colocados en el sector moderno de la economía y cuyo vigor depende de influencias externas, los otros resultantes de una economía tradicional. En Senegal el dualismo se advierte en el seno mismo de la unidad económica agrícola que en forma simultánea opera para su propia subsistencia y para la exportación, con lo cual se viola la armonía nacional. Sin embargo, éste es un fenómeno normal en una economía que busca su integración a través del monocultivo.

Lo que aquí han faltado son los efectos inductivos. Los ingresos percibidos a raíz de la especialización en el cultivo

del cacahuete no han sido suficientes para alentar la formación de un sector industrial. El cacahuete, por ser un producto demasiado pobre, no puede brindar el impulso necesario.

Por otro lado, en todas las latitudes, el cacahuete tiene que hacer frente a la competencia de numerosos sustitutos. Además, en lo que respecta al cultivo mismo del producto, hay que destacar que en el Senegal los rendimientos medios por hectárea apenas alcanzan una cifra estimada de 600 a 700 kilogramos, mientras que en otros países dichos rendimientos superan los 2,000 kilogramos. Es cierto que es posible aumentar los rendimientos y que los centros de investigación —especialmente el de Bambey— tienen a mano los elementos para precisar en qué condiciones podrían elevarse los rendimientos en 50 ó 100 %; pero aún así estos últimos permanecerían por debajo de los niveles alcanzados en los países competidores. Además, en los países subdesarrollados tiene que transcurrir un plazo, frecuentemente considerable, entre la adopción de una técnica y su aplicación por parte del agricultor.

Debido a la pobreza del producto y a lo exiguo de sus rendimientos, el ingreso agrícola tiene que ser reducido. Las estadísticas de la República Malí estiman que en la agricultura el valor anual agregado por persona activa, asciende a 26,800 francos, de los cuales 15,000 corresponden a la parte comercializada.<sup>1</sup>

Un ingreso tan pequeño no puede ejercer los efectos constitutivos esperados. La especialización agrícola ha eliminado una parte importante de los cultivos de subsistencia, por lo que en Senegal una fracción considerable de los ingresos obtenidos del cacahuete tiene que utilizarse en la compra de artículos alimenticios importados, sobre todo arroz y azúcar. No obstante, aun cuando se dedicara la totalidad de los ingresos agrícolas a la adquisición de unos cuantos bienes de orden industrial, la demanda todavía no sería lo suficientemente amplia como para justificar la creación de un sector industrial nacional. Es sabido que las industrias localizadas en los suburbios de Dakar han expresado el temor de verse privadas de un mercado de magnitud conveniente en

caso de que llegara a disolverse la unión económica de los antiguos miembros del África Occidental francesa.

A falta de un mercado amplio, los bienes industriales de consumo tienen que ser importados. La economía nacional se encuentra así al margen de un circuito económico en el que intervienen solamente el monocultivo local y las economías extranjeras. No cristaliza la formación de una economía nacional. Los mercados que surgen no son más que accesorios de una economía extranjera ya integrada, en la que la mayor parte de la demanda de sus productos proviene de los mercados exteriores. En lugar de una economía nacional, se establece simplemente una economía periférica.

La especialización agrícola coloca al agricultor en la economía de mercado; pero, en las condiciones examinadas, en lugar de recibir un estímulo está expuesto a soportar cargas onerosas. Si los ingresos son reducidos, si disminuyen las cosechas de productos alimenticios, si el espíritu de previsión es poco acendrado, el agricultor corre el peligro de quedarse sin recursos antes de que finalice la temporada agrícola. Entonces se encontrará a merced del comerciante, del usurero, del especulador. Obligado a endeudarse, vende por adelantado una parte de la cosecha futura con el fin de procurarse los artículos más indispensables.

No se producirá entonces la homogeneidad social que estuvimos tentados de considerar como un efecto de la especialización agrícola. Por el contrario, como consecuencia del enriquecimiento de los comerciantes y del empobrecimiento de los agricultores, la especialización puede fomentar recelos entre unos y otros y, por consiguiente, puede acentuar la desigualdad económica. No tardan así en aparecer sentimientos de explotación y de frustración.

En lo que respecta a la hacienda pública, cabe señalar que el fisco no puede esperar una ayuda importante de una actividad económica que difícilmente cubre las necesidades básicas de los agricultores.

¿Se pueden acaso deducir conclusiones definitivas del caso senegalés en contra de la especialización agrícola en los países que buscan constituir su economía nacional? Lejos de ello.

Dicho ejemplo simplemente confirma que la mejor de las estrategias puede fracasar si los elementos de que se dispone no son apropiados. El término subdesarrollo demuestra una vez más que en él se encuentran ocultas las potencialidades más diversas. La concentración del sector agrícola en unos cuantos productos solamente se manifiesta como una técnica eficaz para la constitución de una economía nacional cuando se puede contar con mercados que garanticen condiciones ventajosas.

Puede hacerse la misma observación en lo que respecta a la posibilidad de que la especialización agrícola reduzca la dependencia económica del exterior, lo cual constituye el segundo objetivo de las economías atrasadas.

## II. *La Especialización Agrícola y su Capacidad para Reducir la Dependencia Económica del Exterior*

La aspiración de las economías atrasadas a atenuar su dependencia económica del exterior es, sobre todo, patente en los países que en fechas recientes han logrado su independencia o su autonomía política; que intentan completarla haciendo que sus economías estén menos sometidas al extranjero.

Sin embargo, en el campo económico la autonomía no se adquiere por unas cuantas firmas. Por el contrario al parecer, cuando menos en una etapa inicial, la intención de lograr un desarrollo económico acelerado se opone al deseo de una menor dependencia, puesto que el crecimiento supone recurrir al exterior para importar los capitales, los términos y los productos necesarios.

Aun así, los países económicamente atrasados pueden aspirar al logro de un objetivo doble. Por un lado, pueden esforzarse por limitar el inevitable déficit con el exterior que entraña el crecimiento acelerado y que los expertos del GATT, con base en hipótesis relativamente conservadoras, han calculado en 11,000 millones de dólares para 1970. Por el otro pueden intentar prepararse para eludir las posibles represalias que otras economías más avanzadas podrían ejercer en caso de conflictos de tipo económico.

Atenuar la dependencia económica equivale simultánea-

mente a no habituarse a adoptar una posición complaciente en relación a la ayuda externa, y a encontrar los medios necesarios para neutralizar las represalias que pudieran derivar de las tensiones internacionales de tipo económico.

¿El monocultivo o la agricultura especializada podrán facilitar la consecución de este objetivo? A la luz de la doble dependencia estructural y circunstancial a que el monocultivo sujeta a la economía, se podría estar tentado a responder en forma negativa.

En comparación con un sector agrícola diversificado, en la agricultura especializada el elemento de dependencia circunstancial se advierte con toda facilidad. El país subdesarrollado que se consagra al monocultivo debería derivar la mayor parte del financiamiento necesario para su desarrollo de las divisas que obtenga de sus exportaciones agrícolas. El ritmo de su crecimiento estará entonces ligado a su sistema de economía agrícola.

Los peligros a que se expone la agricultura especializada son bien conocidos. La economía queda sujeta a dos tipos de factores aleatorios. Los ingresos de exportación de un solo producto agrícola son esencialmente una función del volumen de su cosecha, por lo que fenómenos puramente exógenos, como son los factores meteorológicos, pueden regular el ritmo según el cual la economía se integre y progrese.

La magnitud de dichos ingresos también está ligada a los niveles de precios, y los precios agrícolas, debido a su característica de precios de mercado, son sumamente inestables. De aquí que el monto de los ingresos de exportación pueda variar en forma considerable de un año a otro.

Los fenómenos de precios y volúmenes, que al menos se compensen parcialmente cuando se trata de un mercado nacional, adquieren un efecto acumulativo cuando se trata de un producto que se coloca en los mercados internacionales y que proviene de zonas geográficas diversas, lo cual complica aún más el problema. Si las exportaciones del país considerado no representan un porcentaje elevado del abastecimiento total del producto, las variaciones del volumen de su propia cosecha no tendrán efecto alguno sobre el precio.

Tal como sucede en una empresa agrícola individual, un país puede registrar simultáneamente un descenso de producción y una baja de los precios de venta. A la inversa, un año favorable en lo que atañe a condiciones climáticas significará una cosecha abundante que puede coincidir con una producción deficiente en los demás países exportadores. Las variaciones anuales del volumen de cosechas, las circunstancias prevaletientes en los países compradores, la tendencia al equilibrio o al desequilibrio del mercado, son todos factores que pesarán fuertemente en la economía de un país subdesarrollado que se especialice en uno o algunos productos agrícolas. En la hipótesis de una economía agrícola diversificada, los riesgos estarán mucho más repartidos, lo cual redundará en una estabilidad relativa de los ingresos de exportación agrícola.

No obstante, los peligros que encierra la dependencia circunstancial del desarrollo que deriva de la especialización agrícola son menos serios de lo que pudiera creerse. En primer lugar, como apunta Hirschman, a veces las fluctuaciones de los ingresos de exportación pueden constituir un factor de crecimiento.<sup>2</sup> En efecto, los años de ingresos elevados permiten apreciar la existencia y amplitud de ciertos mercados. En dichos años aparecen necesidades que persisten e incluso se acentúan cuando, al sobrevenir la reducción de ingresos de exportación, ya no es posible satisfacerlas por medio de importaciones.

De aquí que exista un fuerte estímulo para establecer en el ámbito nacional las actividades necesarias para satisfacer las inclinaciones de los consumidores. La disminución de los ingresos de exportación desempeña el mismo papel que la protección aduanera, pero tiene la ventaja de ser sólo transitoria y de permitir una apreciación exacta de la amplitud del mercado que existe en el ámbito nacional. De este modo puede evitarse incurrir en errores en el establecimiento de un sector industrial, que difícilmente podrían apreciarse en el caso de una protección permanente y generalizada.

El análisis que presenta Hirschman es sumamente instructivo, pero los mecanismos que propone sólo se manifestarán

en la hipótesis de un desarrollo económico latente que únicamente espera una oportunidad favorable para cobrar efectividad. Sin embargo, en aquellos países en que todo está por hacer, es de temer que no se producirán los efectos benéficos de una reducción transitoria de los ingresos de divisas.

Pero al menos estos países pueden protegerse de los impactos desfavorables de una reducción de los ingresos de divisas. En la medida que intervenga un organismo estatal o paraestatal entre el agricultor y los compradores extranjeros, a aquél le correspondería amortiguar las fluctuaciones de mercado mediante la constitución de reservas durante los años de ingresos altos. A su vez, estas reservas monetarias deberán servir para conceder préstamos a los agricultores durante las temporadas agrícolas menos favorables. Los fondos de estabilización de precios de los productos agrícolas ejercen una influencia reguladora no solamente en los mercados donde se colocan, sino incluso en el crecimiento de la economía, considerada en su conjunto. Por ejemplo, el balance anual de la Junta de Comercialización del Cacao (Cocoa Marketing Board) de Ghana registra oscilaciones de precios que, en el curso de los diez últimos años, fluctúan entre una ganancia de 72 libras y una pérdida de 28 por unidad de volumen vendido.<sup>3</sup>

Pueden también atenuarse las variaciones de los ingresos que se obtengan del exterior por concepto de exportaciones agrícolas a través de la firma de acuerdos internacionales a largo plazo. De este modo la producción senegalesa de cacahuete se destina casi exclusivamente a Francia, país que se comprometió con Senegal a adquirir el cacahuete a un precio fijo. Por otro lado, las variaciones en el volumen de las cosechas cacahuateras tienen relativamente poca importancia, habiéndose calculado un coeficiente de variación para el período 1947-58 que no excede del 20 %. En consecuencia, los ingresos de exportación de la economía senegalesa, que en más de un 90 % corresponden a ventas de productos oleaginosos, son sumamente estables.

¿Pero no se manifiesta con esta hipótesis otro aspecto de la dependencia a que quedaría sujeta una economía en vías

de desarrollo por la introducción de la especialización agrícola? Esto es, ¿la dependencia estructural no reforzará o alterará con la dependencia circunstancial?

La dependencia estructural que acompaña a la especialización agrícola asume un doble aspecto: es necesario encontrar mercados de gran magnitud para poder colocar los pocos productos en que se ha especializado el sistema; y es necesario adquirir en el exterior los productos alimenticios que el país necesita.

En lo que concierne al primer aspecto, la dependencia económica será más o menos acentuada, según la magnitud y el número de los mercados. De aquí que la dependencia que guarda la economía senegalesa respecto de la francesa sea sumamente acentuada. El mercado del cacahuate es esencialmente un mercado de compradores, esto es, un mercado en el que la posición favorable la ocupa quien compra y no quien vende. Sería inútil considerar que la economía senegalesa constituye un campo propicio de explotación para la economía francesa, puesto que Francia podría fácilmente cambiar su fuente de abastecimiento a otros países productores. No sería en modo alguno difícil convencer a otros países de que compraran un volumen de productos franceses mayor del que habitualmente adquiere Senegal, a cambio de lo cual Francia les brindaría la magnífica oportunidad de contar con un nuevo mercado para un producto que, como el cacahuate, es bastante difícil de vender. Tampoco se puede afirmar que la compra del cacahuate senegalés constituya una economía de divisas para Francia, puesto que si cambiara de abastecedor se contaría casi en forma automática con las divisas necesarias para la adquisición del producto. La dependencia de Senegal en relación con Francia, país que constituye el único mercado de su único producto, es mucho más acentuada que la dependencia francesa en relación con Senegal.

En caso de que sobreviniera una ruptura, la economía senegalesa se encontraría en una posición mucho más difícil que la francesa.

La economía de Senegal representa un caso extremo. La situación es menos desfavorable para el vendedor cuando

cuenta con mercados numerosos. Si la venta del producto se encuentra distribuida entre varios compradores, la dependencia económica respecto de cada uno será menos fuerte. Por ejemplo, si bien Ghana, país cuyas ventas de cacao absorben las dos terceras partes de sus exportaciones totales tiene en el Reino Unido a su cliente principal, ello no obsta para que cerca del 20 % de sus productos se destinen a los Estados Unidos, más del 15 % a Alemania, casi el 10 % a Holanda y 5 % a Italia, sin contar un grupo de compradores de menor importancia.<sup>4</sup>

La dependencia relacionada con el abastecimiento de productos extranjeros es menos marcada que la que resulta de buscar mercados exteriores de magnitud conveniente. Al respecto se pueden distinguir dos casos. En el primero la especialización agrícola de exportación entraña el abandono o la eliminación de los cultivos de subsistencia tradicionales, con lo cual incluso los agricultores tienen que recurrir al mercado para obtener sus alimentos. Por lo tanto, la dependencia del exterior es bastante acentuada. La economía senegalesa se encuentra en esta hipótesis, ya que se advierte una correlación elevada entre el abandono progresivo de los cultivos de subsistencia y el aumento continuo de las importaciones de arroz.

En el segundo caso, la ampliación de los cultivos de exportación puede acompañarse de un aumento paralelo de los cultivos de subsistencia. Entonces la dependencia alimenticia será más débil y sólo afectará a la población urbana. Pero a causa de la incertidumbre en el abastecimiento, o bien debido a que el desplazamiento a los centros urbanos altera las preferencias de los consumidores, la población urbana no consumirá con la misma intensidad los productos alimenticios de primera necesidad. Frecuentemente los aumentos de los cultivos de subsistencia están ligados a requisitos de tipo agronómico, tal como sucede en Costa de Marfil, donde se utilizan como protectores de los cultivos de exportación.

Aun cuando la especialización agrícola suprime a los cultivos de subsistencia, conviene no exagerar la importancia de la dependencia que de ello deriva. Los países subdesarrollados se quejan con demasiada frecuencia de que la evolución

desfavorable de la relación de precios del intercambio entre los productos primarios y los bienes industriales constituye un obstáculo importante para su desarrollo económico. Por ello y para dichos países, la reducción de sus importaciones de productos manufacturados y el aumento de sus compras de artículos alimenticios debe considerarse como un verdadero acontecimiento.

A esto tiende precisamente un desarrollo fincado en una especialización agrícola de exportación. Los ingresos que se obtengan de dicha especialización servirán para establecer un sector industrial que tendrá a su cargo la función de eximir a la economía nacional de obtener en el extranjero los productos más onerosos. Lejos de haberse acentuado, la dependencia económica se habrá reducido.

### *III. La Especialización Agrícola y la Aceleración del Desarrollo Económico*

Un crecimiento económico acelerado constituye el objetivo fundamental de los países atrasados, los cuales reconocen que para que su economía nacional se constituya adecuadamente y sea relativamente autónoma, es necesario superar paulatinamente al menos una parte de su retraso actual.

¿Representa la especialización agrícola una elección apropiada al logro de un desarrollo económico acelerado, o bien, teniendo en mente este objetivo principal, convendrá elegir en su lugar a una agricultura diversificada?

Se pueden esgrimir numerosos argumentos en contra de la especialización en uno solo o en unos cuantos productos. En primer lugar ¿qué acaso no es verdad que el monocultivo expone a una destrucción o al menos a un deterioro al capital agrícola del país? La tierra es un capital integrado por seres vivientes y, por ello, no es indestructible. La tierra exige que se le cuide para lograr así que se perpetúen los micro-organismos que garantizan su fertilidad. La rotación de cultivos que implica la diversificación, asegura la conservación de los suelos, puesto que las necesidades y los beneficios, que derivan de la sucesión de distintos cultivos tienen un carácter comple-

mentario. Por el contrario, un monocultivo que perdura sobre un mismo suelo ejerce sobre éste un empobrecimiento progresivo que a la larga redundará en una esterilización completa. En Senegal los agrónomos frecuentemente han hecho notar los peligros que encierra un monocultivo de tipo integral. Se ha sostenido que una sucesión ininterrumpida de cosechas cacahuateras redundará en perjuicio de las tierras, pero a pesar de ello, los cultivos de cereales que se intercalan son demasiado esporádicos, por lo que los suelos se encuentran en peligro de agotamiento.

En segundo lugar, el monocultivo puede sujetarse a críticas que derivan de su impotencia para garantizar una plena utilización de la mano de obra rural. Así, fuera de la temporada agrícola, se presentará un estado de desempleo que los economistas han dado en llamar desocupación disfrazada. En cambio, cuando la temporada agrícola alcanza su intensidad máxima, la mano de obra constituirá el punto de estrangulamiento que impedirá que se cultive la totalidad de las tierras disponibles.

En este campo, el ejemplo senegalés parece brindar conclusiones definitivas. El productor de cacahuate sólo trabaja la tierra una pequeña parte del año, esto es, casi exclusivamente durante los meses de verano caracterizados por la temporada de lluvias. A fines de junio el agricultor comienza a labrar sus tierras y en octubre procede a recoger su cosecha. Entre uno y otro mes el monocultivo le proporciona un ocio excesivo. En cambio, para determinadas labores el calendario agrícola es excesivamente estricto, por lo que el agricultor debe trabajar largas jornadas en forma intensiva. Incluso a veces se ve obligado de abandonar un campo que ya había sembrado, a causa de que se ve imposibilitado de mantenerlo en buen estado. En el momento de la cosecha el agricultor debe recurrir a la ayuda de una mano de obra estacional, los trabajadores migratorios, que vienen de regiones y países limítrofes para participar en una recolección que debe efectuarse en un plazo limitado. Por lo tanto, no se utiliza en forma óptima el factor de producción que constituye la mano de obra agrícola.

Según un tercer argumento, el monocultivo perjudicaría las posibilidades de que el gobierno pudiera adoptar una política de desarrollo, puesto que al crear un grupo numéricamente importante y homogéneo de agricultores especializados, la política económica se orientaría hacia la defensa de los intereses de este grupo, y sería más una política de estabilización que de crecimiento. La especialización así fomentada se ampliaría indebidamente a costa de otros productos. Una vez más cabe citar el ejemplo del Senegal, donde el cultivo del cacahuate desplaza cada vez más al cultivo de arroz en los dos extremos del país, esto es, en el valle de Senegal y en las riberas del río Casamance.

Se plantea entonces un conflicto entre los sectores que se estancan y los que se deben de fomentar. Es de temer que los agricultores, aferrados a sus cultivos, se opongan a los cambios que se requieren para acelerar el crecimiento económico. Ellos se mostrarán inclinados a proclamar la existencia de un derecho adquirido a un determinado nivel de vida que deriva del cultivo de un solo producto. Ellos considerarán que pueden fundar sus demandas en un estado de hecho y vigilarán celosamente que se respete su participación en el ingreso nacional. Sin embargo, el crecimiento económico supone continuos cambios estructurales.

Estos argumentos no son decisivos. Es cierto que si un monocultivo se cosecha una y otra vez en el mismo terreno, a la larga se producirá el agotamiento del suelo. Pero no es éste el planteamiento del problema en muchos de los países que inician su desarrollo. Es frecuente, principalmente en África, que la especialización agrícola no entrañe la necesidad de recurrir a los mismos suelos, ya que en la actualidad la disponibilidad de tierras supera a la utilización que de ellas se hace. Por lo tanto, es posible cambiar de terrenos de cultivo, y con ello dejar durante muchos años que la tierra descanse y se reconstituya. Y aún si la tierra se hiciera más escasa, se podrían prevenir los peligros a que expone el monocultivo por medio de la utilización de fertilizantes y, en forma principal, a través de la aplicación de los llamados abonos vegetales, ya sea utilizando los cereales tradicionales, o alguna de las

numerosas leguminosas que actualmente estén en experimentación.

Quizás pudiera objetarse que la falta de una utilización integral de las tierras cultivables es una situación inadmisibles para un país que no puede permitirse el lujo de despreciar ningún recurso, si es que desea acelerar su desarrollo. Sin embargo, la no utilización de todas las tierras disponibles no puede atribuirse a la especialización agrícola. Además, cabe subrayar que en la etapa inicial del crecimiento africano, el factor tierra constituye el elemento más abundante, por lo que el punto de estrangulamiento debe buscarse por el lado de la mano de obra o del capital.

Al segundo argumento puede responderse en forma semejante. Difícilmente podría rebatirse el punto de vista de que el monocultivo entraña un empleo inadecuado de la mano de obra agrícola. Por más agradable que sea el disfrutar de lapsos prolongados de ocio, es evidente que a la luz de la eficiencia nacional, dicho ocio resulta criticable. No obstante, cuando el esfuerzo se concentra en sacar de su letargo a la economía, lo que se busca no es el empleo pleno ni la consecución de lo óptimo, económicamente hablando.

La ambición es más limitada. Se trata de poner en movimiento a un determinado número de actividades que, por sus efectos de enlace y de inducción, difundirán el progreso económico a todos los demás sectores. He ahí el problema específico del desarrollo. El que se refiere al funcionamiento óptimo de la economía no se presentará sino hasta más tarde, cuando se haya dejado atrás la etapa preliminar o de arranque y se haya formado un compacto sistema de interdependencia. Sólo entonces convendrá ocuparse del problema de la utilización óptima de los factores de la producción. No es posible preocuparse del funcionamiento de una máquina sino hasta que la máquina exista. Para los países atrasados la condición previa de su desarrollo estriba en constituir una economía. La tarea es suficientemente ardua, por lo que será hasta después, una vez que se haya rebasado la etapa de arranque, cuando se buscará afinar el funcionamiento de dicha economía.

El tercer argumento puede rebatirse en forma semejante. Es

probable que los agricultores que ya se dediquen y conozcan perfectamente la técnica de un determinado cultivo, no se muestren inclinados a aceptar un cambio en su tipo de producción. Pero cabe preguntarse si convendría hacer una elección que pusiera en peligro la iniciación del desarrollo económico, bajo el pretexto de eludir un problema que podría presentarse con posterioridad y que, por lo demás, no está exento de soluciones. ¿Es justo aumentar los riesgos de detener el arranque sólo para eliminar un problema que se planteará en un futuro todavía lejano? El término arranque fue propuesto por W. Rostow y ha sido admitido por todos los economistas precisamente porque denota con toda claridad que esta fase del desarrollo económico es la más difícil de todas.<sup>5</sup> El éxito se debe garantizar por medio de selecciones juiciosas, aun cuando éstas generen dificultades en las etapas posteriores del crecimiento.

¿Pero cómo facilitar el arranque en el sector agrícola? Es necesario provocar el colapso de la economía de subsistencia, en la cual coexisten muchos cultivos autónomos que no guardan relación alguna entre sí, ni con las demás unidades del mundo económico.

La sustitución de una economía de subsistencia por una economía de cambio constituye la condición esencial de todo progreso. Pero esta transformación, excepto cuando se trata de ampliar un cultivo que ya se practica, no siempre se efectuará espontáneamente por el solo efecto de estímulos económicos. Es necesario someter al aprendizaje a un agricultor que —como lo demuestra la implantación de nuevos cultivos en Costa de Marfil— con frecuencia es rebelde a la introducción de innovaciones. Será bien difícil lograr que el agricultor de los bosques y el de la campiña se dediquen a un cultivo único. ¿Qué pasaría si se decidiera transformarlo en un agricultor especializado dentro de una amplia gama de cultivos?

Con ello se correría el peligro de desalentar al agricultor, de cometer errores de agronomía, de no poder disponer de los medios suficientes de divulgación y vigilancia. ¿No será mejor entonces concentrar el esfuerzo en unos cuantos cultivos, cuyo número deberá ser lo más restringido posible, y aumentar así

las probabilidades de éxito de la operación, sobre todo si se ha demostrado que la forma de cultivo de los productos elegidos es complicada?

Surge una vez más, pero ahora en el plano agrícola a través del conflicto especialización *versus* diversificación, la oposición entre los partidarios y los adversarios del crecimiento equilibrado. Los defensores de un crecimiento equilibrado subrayan la estrechez de los mercados locales y la necesidad de crear simultáneamente un gran número de actividades que en forma mutua pudieran servirse de mercado. En esta controversia, optar por el monocultivo, significa colocarse resueltamente del lado de los adversarios del crecimiento equilibrado y sostener que en el ámbito agrícola es imposible lograr un crecimiento de este tipo en las fases iniciales del desarrollo. Esta imposibilidad tiene diversos aspectos. Es, en primer lugar una imposibilidad agronómica, puesto que los distintos cultivos no en todos los lugares se aclimatan, ni se adaptan a todos los suelos.

En segundo, es una imposibilidad económica, ya que determinados cultivos brindan rendimientos tan insuficientes que resulta más ventajoso adquirirlos por medio del intercambio internacional. Es, además, una imposibilidad táctica, puesto que en el momento en que se prepara el arranque de la economía, no es posible permitirse el lujo de esparcir esfuerzos en una multitud de innovaciones agrícolas.

Todos los argumentos que se han esgrimido en contra del crecimiento equilibrado en el sector industrial, son igualmente valederos cuando se presenta la controversia entre la especialización y la diversificación agrícola.

Conviene no incurrir en una confusión. Así como en la teoría económica no se justifica criticar un análisis con la ayuda de elementos que no se encuentran en un mismo plano de abstracción, así también en el estudio del desarrollo conviene distinguir nítidamente las distintas etapas y no introducir inopinadamente argumentos que no encajan en el campo limitado de una de dichas fases. Todo parece indicar que en las etapas iniciales del crecimiento lo más razonable será limi-

tarse en el ámbito agrícola a la producción de unos cuantos cultivos.

A pesar de las apariencias, el economista puede abogar por la especialización, que en el ámbito agrícola está simbolizada por el monocultivo.

1. El monocultivo evita que la agricultura caiga en la tentación de volver a la economía de subsistencia, tentación que es muy fuerte en el caso de una agricultura diversificada.

2. El monocultivo coloca a la economía en vías de desarrollo en una posición favorable respecto de lo que comúnmente se considera como la evolución probable de la relación de precios del intercambio.

3. El monocultivo favorece el crecimiento acelerado, puesto que, al concentrarse el esfuerzo agrícola sólo en uno o en unos cuantos cultivos, la mayoría de los recursos permanece a disposición del sector industrial, por lo cual se reconoce que sus efectos de inducción del crecimiento son más acentuados que los del sector agrícola.

4. El monocultivo facilita la solución del problema de la participación del sector agrícola en el financiamiento del desarrollo económico.

5. El monocultivo facilita también el establecimiento de una agricultura moderna, puesto que las técnicas y métodos que se deben inculcar a los agricultores son en número limitado.

#### NOTAS

<sup>1</sup> Véase G. L. HÉGARAT: "Essai d'un tableau économique de la fédération du Mali". *Bulletin de la Banque Centrale des États de l'Afrique de l'Ouest*, febrero de 1960, p. 35.

<sup>2</sup> A. HIRSCHMANN: *The Strategy of Economic Development*. Yale University Press. 1958, p. 173.

<sup>3</sup> Véase "Les Droits de Porte dans la fiscalité ouest-africaine". *Bulletin de la Banque Centrale des États de l'Afrique de l'Ouest*, noviembre 1959, p. 6.

<sup>4</sup> Véase *Ghana Economic Survey*, 1958, p. 16.

<sup>5</sup> Véase W. ROSTOW: "The take-off into self sustained growth". *Economic Journal*, 1956, pp. 25 ss.